

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 251.—15 de Agosto de 1880.

*Dios es caridad, (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

---

## SECCION DE BENEFICENCIA.

---

### NECROLOGÍA.

#### **D. Alejandro Ramirez Villaurutia.**

Nuestra Revista es, por sistema, parca en necrologías como lo es en panegíricos de vivos.

Hoy, sin embargo, tristemente impresionados, hacemos una excepcion en favor del Excmo. Sr. D. Alejandro Ramirez Villaurutia, senador del reino, amigo y suscriptor nuestro, no por serlo, sino por haber sido una persona notable en el ejercicio perseverante de la caridad.

Pertenecía á esa raza de buenas almas, templadas al calor de los mejores instintos, que tienen por hábito preferente el ocuparse en hacer bien á sus semejantes y especialmente á sus semejantes pobres.

En *La Constructora benéfica* fué uno de los fundadores, y continuó siendo, como celoso Tesorero de ella, uno de los más activos propagandistas de la excelente idea que es el objeto de esa Sociedad. Donde había asociacion, instituto ó empresa que lanzase un pensamiento benéfico, allí estaba el Sr. Ramirez Villaurutia dispuesto á secundarlo, poniendo al servicio del mismo los recursos de su claro entendimiento y los tesoros de su excelente corazon.

Hay entre otros un rasgo de su vida, que, poco conocido y envuelto en el manto de la modestia, conviene hacerlo público, hoy que, ante su sepulcro, nuestras palabras no pueden conceptuarse como eco de vana adulacion ó de amistad apasionada. Tal fué la fundacion del *Asilo de la Asuncion* en 1867 destinado á mantener, educar é instruir á los huérfanos de albañiles, carpinteros y demás individuos de las artes y oficios que sirven para la edificacion de casas. Existe en Madrid, calle de Valencia, núm. 2, es digno de visitarse, y la gran mayoría de los madrileños ignoran quizás hasta su existencia.

En el origen de esa fundacion, no sólo hubo caridad y generosidad notables por parte del Sr. Villaurutia, sino una muestra de sus laudables propósitos y de la constancia que tenia para realizarlos.

Decidido el Sr. Villaurutia á hacer la fundacion, de acuerdo con su esposa, cuyo nombre se puso al asilo, además de otros recursos propios ó pedidos á sus amigos para costearlo, se impuso la obligacion de aplicar á este objeto todo lo que pudiera economizar, suprimiendo gastos innecesarios de su vida material, y esto lo hacía descender á los detalles más triviales de la misma, con una constancia y una regularidad esquisitas, cual si fuera obligacion solemne de contrato hecho con otra persona y no con su sola recta conciencia.

Si, por ejemplo, iba por la calle y pensaba tomar un coche de alquiler para llegar más pronto á alguna parte, ó entrar en un café para refrescar, ó asistir al teatro una vez más de las que tenía por costumbre de agradable solaz, reflexionaba al momento que de todo esto podia prescindir con pequeño sacrificio; prescindía en efecto; y al llegar á su casa, depositaba con toda formalidad en una alcancía cerrada los 8 reales del coche, los 3 del helado ó los 16 de la butaca. Repetido esto muchas veces, resultó que al concluir el primer año de tan laudable ejercicio, se abrió la alcancía y arrojó ocho mil y pico de reales que fueron una de las primeras partidas del fondo con que se construyó el Asilo de la Asuncion.

El 31 de Julio último, tras de una penosa enfermedad, sobrellevada con resignacion cristiana, el Sr. Ramirez Villaurutia pasó á mejor vida, donde sus virtudes habrán tenido

el premio debido, dejándonos aquí un vacío que lamentar y un ejemplo digno de ser imitado por todos.

ANTONIO GUEROLA.

---

## MEMORIAS DE UN PRESO CONDUCIDO.

---

### VI.

(CONTINUACION.) (1).

Siete dias ha estado mi lápiz ocioso y mis apuntes interrumpidos; y no precisamente por fatigas de carretera, como las que llevo sufridas, sino por tristes penalidades de forzada detencion en el calabozo-cárcel de este pueblo. He estado enfermo; he sufrido mucho, y he creído morir! Empiezo hoy á convalecer.

Creia yo que un preso conducido no podia tener más sufrimientos que los propios de las marchas penosísimas de un largo viaje. No habia contado con una detencion por enfermo. ¡Y dónde! ¡Y en qué condiciones!...

En las cárceles de las grandes ciudades hay enfermería, y hay además en los hospitales departamento de presos enfermos; en los presidios hay igualmente enfermería, y hasta recuerdo haber oido decir que esas enfermerías suelen tener una asistencia y comodidad, que forma contraste con el trato duro de las *cuadras* ó dormitorios de los penados.

Pero el preso conducido no tiene, ni puede tener, nada que á eso se parezca.

Si cae enfermo en un pueblo de tránsito, cosa fácil por las fatigas de las marchas, como las cárceles de las poblaciones pequeñas son simples calabozos parecidos á encierros de fieras, destinados solo para permanencias cortas y para reos leves, resulta que, si no hay comodidad para el conducido sano, mucha menos la puede esperar ni tener cuando cae enfermo.

---

(1) Véase el número 15 de Julio.

Así lo he visto por propia experiencia dolorosa.

Interrumpí esta memoria al encontrarme, despues de las terribles emociones de la última marcha, con cierto bienestar relativo por haber sido encerrado solo en este calabozo, separado de la odiosa compañía de los bandidos, que habian puesto mi vida en peligro con su atrevido proyecto de fuga. *Voy á dormir con delicia*, decia yo al dejar el lápiz.... ¡Desdicha nueva y no delicia imposible era lo que me esperaba!

Al principio de la noche dormí realmente algunas horas con cierta tranquilidad, sobre un petate de estera, que era la única cama que habia; pero despues me desperté con un malestar general, que al pronto no me sabia yo explicar.

Me sentia con todo el cuerpo quebrantado y dolorido; la respiracion fatigosa, la cabeza pesadísima y con una sed devoradora. Todos estos síntomas no se presentaron de repente ni en toda su fuerza, sino que se fueron graduando progresivamente.

Era de noche aún, porque en Noviembre amanece tarde, y habia por lo tanto en el calabozo oscuridad completa. En una situacion semejante del mundo libre, todos tienen algun individuo de su familia á quien llamar para que les traiga, al menos, una luz, agua y abrigo; en los hospitales no hay familia, pero hay asistentes y Hermanas de la caridad; en las mismas cárceles grandes no hay familia, asistencia ni menos caridad; pero hay luz y no suele faltar algun compañero de prision, menos inhumano que otros, que le acerque al enfermo un cántaro de agua y que llame al alcaide.

Pero en la pequeña cárcel de este pueblo, que no es más que un patio rodeado de cuatro ó seis inmundos calabozos, el preso conducido queda encerrado y abandonado; y el alcaide, que suele ser el alguacil del Ayuntamiento, despues de cerrar las puertas y echar los cerrojos, se va tranquilamente á dormir á su casa, sin cuidarse para nada del sér humano que deja encerrado.

Si este es un hombre sano y robusto, nada pasará; si es débil y enfermizo puede pasarle algo, y mucho y grave, sin que nadie se entere ni se ocupe de ello. Es una terrible sole-

dad cenobítica en medio de un mundo bullicioso, pero insensible.

En las celdas del sistema penitenciario del aislamiento, he oído decir que hay celadores que pasean durante la noche por las galerías, con alpargatas de cáñamo para no hacer ruido, y así vigilan por las ventanillas de las celdas para ver si los presos tienen alguna novedad. ¡Qué diferencia de ese sistema humanitario y previsor á este otro aislamiento y abandono brutal en que está, como estaba yo, un preso enfermo y conducido!

Al reo de muerte por crímenes atroces se le da en la capilla toda la asistencia y compañía afectuosa. No parece sino que se necesita estar en la antesala y en la víspera de la muerte para que la sociedad se ocupe con amor de sus hermanos presos. A mí, simple preso conducido, que soy inocente ó casi inocente, y que como tal es posible se me ordene pronto poner en libertad, se me deja en tanto morir aquí enfermo, como si estuviera en una isla desierta del Occéano.

¡Morir! sí: porque llegué á creer que moría. Cuando los primeros albores de la mañana alumbraron por fin mi lóbrego calabozo por una pequeña rejilla, comprendí todo el horror de mi situación. ¡Estaba enfermo, sufriendo mucho, y abandonado!

Pasé algunas horas medio adormecido por la fiebre. Cuando vino el carcelero á sacarme al patio para tomar el rancho, se quedó aturdido de verme y de oirme pedir con lágrimas en los ojos un poco de agua.

Era un hombre rudo, pero no insensible. Me trajo una vasija con agua, que tragué con avidez. Avisó luego al alcalde del pueblo y al médico: éste dijo que yo tenía una fuerte calentura y las piernas casi baldadas por la grande humedad de aquella estancia, por lo cual era indispensable sacarme de allí.

También el alcalde pareció tener buenos sentimientos, pero se manifestó confuso y contrariado porque no tenía otra habitación donde ponerme ni recursos de ninguna especie para aliviar mi situación. Además había dado recibo de los presos conducidos, de los cuales era responsable hasta que

la Guardia civil viniese á llevárselos. Hizo, sin embargo, lo que pudo. ¡Dios se lo pague! Mandó traer de su casa un jergon y unas mantas, y poner un brasero rústico para templar algo el frío y la humedad. Hecho esto, me dejó solo porque sus ocupaciones le llamaban á otra parte.

Casi fué un beneficio, aunque pasajero, la alta calentura que se apoderó de mí, porque me hizo caer en una especie de letargo, durante el cual apenas sabia darme cuenta de nada.

Recuerdo, como un sueño, que una buena mujer me daba agua y me cubria con la manta; que el médico hablaba en secreto con el carcelero y que le decia convendria llamar al Cura párroco.

Sin duda se me creyó en verdadero peligro de muerte, y yo mismo, en los intervalos en que mi cabeza se despejaba algo, pensé, con cierto terror, lo confieso, que habia llegado mi último dia. ¡No son para escritas las angustias de esta idea y de esta situacion!

La Providencia no lo habia dispuesto así, sin embargo. A los dos dias mejoré; al tercero la mejoría se graduó notoriamente y ayer pude ya sentarme en una silla. ¡En una silla! sí; porque aunque vieja y rota, todo ese lujo de asistencia me dieron aquellas pobres gentes.

Si salvo la vida de esta enfermedad, ¿qué nueva estacion dolorosa me quedará que hacer en el *via-crucis* de preso conducido?

No lo sé. Nada me sorprenderá.

(*Se continuará*).

---

## LA CUESTION SOCIAL.

---

**Enseñanza.—Trabajo.—Sistemas penitenciarios.—Beneficencia.  
Economía benéfica.**

Vivimos en una época de evidente progreso. Para negarlo es indispensable cerrar los ojos de la inteligencia y del cuerpo; porque todas las ciencias y todas las artes adelantan en una progresion asombrosa, y han mejorado y continúan mejorando sin cesar los medios de satisfacer nuestras necesidades y de aumentar el bienestar del mayor número.

Pero no puede ni debe ocultarse que desde que los génios de Guttenberg y de Colon abrieron nuevos mundos al pensamiento y á la vida, y fué más rápido el progreso de la humanidad, se viene notando, y aún subsiste, un evidente desnivel en los elementos morales y materiales de la civilizacion. El bienestar social no ha adelantado en la sorprendente proporcion que se multiplican y mejoran los adelantos materiales.

Por esto, cuando nos dedicamos á estudiar los complicados fenómenos de la vida pública, en el silencio del gabinete, lejos de la fascinacion que mirados de cerca producen, percibimos un grito sordo, pero terrible, que lanza la muchedumbre, semejante al apagado ruido del trueno, que anuncia una tempestad lejana, ó al confuso desórden que acusa un torrente desbordado al otro lado de la montaña.

Cada rumor sumergido en aquel ruido, es el leve suspiro de una necesidad, la sentida queja de una privacion ó el sofocado rugido de un tormento: y escuchando y mirando con atencion, se descubren desde luego una inmensa desgracia y una súplica dolorosísima.

Pero en el desordenado choque de necesidades reales y de aspiraciones vagas, en la lucha constante que el órden y la libertad vienen sosteniendo, es difícil apreciar si tenemos delante de nosotros una amenaza imaginaria ó un peligro positivo.

Solo nos es dado conocer que en el fondo de la sociedad existen como inmundo poso el malestar y el dolor, elevando continuas quejas, exageradas acaso por el miedo de unos y por el desaliento de otros: que cayó el pasado y aún no hemos encontrado firme base para levantar el porvenir; y que si el malestar continúa, á pesar de los progresos de la civilizacion, no por ella, y acaso parece más extendido ó más horrible, es porque ya lo sienten y aprecian y valoran todas las clases sociales, porque afecta carácter industrial, y porque hay aduladores que lo exageran y curanderos que lo empeoran.

Hé aquí naturalmente puesta de manifiesto la importancia práctica de la cuestion social.

Este problema varió y continuará variando de manifestaciones, segun los tiempos y las localidades; porque es tan antiguo como la historia de la humanidad, y vivirá con ella y cuanto ella viva.

En la sociedad patriarcal, la caridad alivió muchos padecimientos, especialmente físicos, y, avivada por la religion, prestó piadosas atenciones al viajero y al pobre; que si bien no

salió del reducido círculo de la familia y de la tribu, tampoco eran muchas ni muy extensas las necesidades que pedían sus favores.

En los antiguos pero ya más cultos pueblos, además de que la hospitalidad continuó siendo un deber consuetudinario, instituciones y leyes contrarias á toda justicia, que la civilización cristiana reprobó y que los códigos vigentes prohíben, amenguaron la pobreza y aliviaron sus efectos. La primitiva esclavitud proveyó á la subsistencia de los infelices que la sufrían, poniéndolos á cargo de sus respectivos amos, y sobre que el dueño perdía con la muerte del esclavo, si este enfermaba y era abandonado ganaba su libertad.

El Tesoro público subvencionó á los atenienses pobres.

El patronato y la clientela excusaron la miseria en la República romana; porque los hijos de los clientes pertenecían á la familia de sus respectivos patronos, y en ella quedaban aun muertos sus padres. Pero cuando la metrópoli triunfó de los Estados vecinos, y se proclamó la igualdad civil, y se formaron extraordinarias acumulaciones de riqueza, en tiempo de los Gracos, surgió la lucha entre pobres y ricos, que concluyó con la República.

Los emperadores romanos ampararon á las más desgraciadas clases del pueblo, y abrieron sus graneros á la plebe, siquiera este favor fuera algunas veces para las prostitutas y los gladiadores; mas se debilitaron las organizaciones municipal y nacional que daban fuerza al colono, el hambre y las epidemias diezmaron la población, las conmociones de las Galias y otros síntomas evidenciaron la triste y mísera opresión que sufrían los campesinos, creció la disolución interior, y á favor de ella triunfaron los bárbaros.

La ferviente caridad de los primitivos cristianos bastó para la satisfacción de todas sus necesidades, y los Poderes públicos no sintieron las graves perturbaciones económicas que hubiera traído en otro caso la abolición de la esclavitud, lanzando millares de personas sin familia y sin ocupación en medio de una sociedad tan conmovida.

La servidumbre de la Edad media desempeñó servicio análogo al de la esclavitud antigua, y aun entre nobles y plebeyos había relaciones semejantes á las de los patronos y clientes romanos, conocidas también en la Germania. En aquellos tiempos, las instituciones sociales descansaban en los sentimientos religioso, guerrero y nobiliario; el privilegio resolvía todas las

complicaciones; la cuestion social estaba como encubierta por disputas de moral, de derecho ó de política; solo se trataba, aunque con encarnizamiento, de los derechos de las familias y de las razas, de feudos y de corporaciones, del Estado y de la Iglesia, de las diversas posiciones que en uno y en otra ocupaban los hombres, y de las relaciones de los Estados entre sí; no se decia de la sociedad civil, y apenas preocupaban las relaciones y las luchas entre el rico y el pobre, acalladas de ordinario con repartimientos de las tierras y pastos concejiles. El obrero tenia un preservativo contra la miseria en la misma degradante servidumbre en que vivia. Una enorme masa de bienes amortizados en poder de institutos religiosos, hermandades, cofradías y gremios, aseguraba el socorro del pobre y del enfermo. No faltaron, sin embargo, motivos ni ocasiones de apasionamiento. Don Rodrigo, obispo de Zamora, decia de los poderosos: «Destruyen las casas de los pobres para construir las suyas; y las casucas de los miserables, y los campos y los predios, los subastan para comprarlos ellos en más bajo precio, y aparece culpado el que los venciere en la licitacion.»

En el último anterior siglo, que con tanta frecuencia sirve al presente de término de comparacion, el problema social se manifestó en las tendencia á suprimir privilegios legales, á negar, á demoler y á conjurar todos los conflictos con una mejor forma de gobierno.

Pero rotos los antiguos lazos y simplificadas las instituciones, las relaciones de hombre á hombre ocupan ya el primer lugar, se reconoció la igualdad de derechos y se ha sancionado la libertad personal.

Sin desconocer que el problema social es tan complejo como la vida, y que sufre las perturbaciones de ésta, y que tiene por lo tanto aspectos religioso, científico y artístico, se reconocerá fácilmente que alcanza hoy los predominantes caracteres de jurídico y económico.

La revolucion moderna ha planteado en este otro terreno la cuestion social.

No es la revolucion esa série de violentos sacudimientos que desde 1789 parecen perpetuarse en Europa, y que ya dificultan por egoismo el natural desenvolvimiento de la sociedad, ya la ponen en peligro, por impaciencia, de precipitarla en los abismos; es la profunda trasformacion que viene realizando en silencio, despues de dos siglos, por una necesidad inherente á las cosas ó por la accion de los mismos gobiernos, la disolucion de

las formas del Estado con que se intentó en la Edad media fundir el orden y la libertad, la aparición de la libertad personal fundada en la dignidad humana y tal cual fué enseñada por el Cristianismo, libertad en el empleo de las fuerzas y en el disfrute de la propiedad, progreso moral suscitado y sostenido por el inmenso progreso de la dominación del hombre sobre la naturaleza.

Ahora bien, en el presente momento histórico y en los pueblos de Europa y de América que caminan al frente de la civilización, en las naciones de origen latino y especialmente en España, la cuestión social afecta caracteres bien definidos que aceptarán sin discusión hasta los que más disten de mis soluciones.

Existe la miseria en medio de un evidente progreso.

El desenvolvimiento de las nuevas instituciones no ha seguido inmediatamente á la disolución de las antiguas; unas y otras se combaten con rudeza; la sociedad se agita en bruscas convulsiones, y los espíritus débiles son presa de la indecisión y duda.

Aun hay inteligencias marchitas, privadas del más indispensable cultivo, por culpa de sus naturales protectores en unos casos, por causas extrañas en otros, y siempre con grave daño particular y social. El mal es grave, necesita remedio y lo tiene. Hé aquí cómo surge naturalmente el problema de la enseñanza, con sus variadísimas manifestaciones, y en primer término con la interesante cuestión de la enseñanza obligatoria y gratuita.

Aun hay muchos desgraciados de vivísima inteligencia y de fuerte musculatura, ilustrados y laboriosos, pero sepultados en la inacción: no tienen campo donde tender los vuelos de su genio, ni herramientas que manejar: carecen de trabajo. Conquistaron dentro de las modernas instituciones su libertad personal, pero perdieron protección; antes de tener plena conciencia de su estado y el poderoso auxilio de la asociación, quedaron absolutamente responsables hasta de los más mínimos detalles de su vida; y envueltos por la apasionada lucha de los más encontrados intereses, débiles ó pobres sucumben, y entran en el inmenso número de los que demandan los favores del Poder público. El mal es remediable, proviene de complicaciones económicas generales ó particulares. Hé aquí planteado el problema del trabajo en sus múltiples manifestaciones, y de las crisis industriales.

Precisamente por estas y por otras causas aun hay seres que se extravían, faltan á los deberes sociales, y violan el derecho ajeno. Delinquen y son condenados. Pero sufren la penas en tan desventajosas condiciones, que al terminarlás llevan por la correccion, el ódio concentrado á sus semejantes, y reinciden otra y más veces, y llegan hasta ponerse en lucha franca con la sociedad. Hé aquí puesta sobre el tapete la interesantísima cuestion de los síntomas penitenciarios, que hoy preocupa á todos los estadistas.

Por último, aun hay pobres y enfermos en todas y cualquiera de las circunstancias apuntadas, sin medios para buscarse el sustento ni recursos para costear su curacion: expósitos, huérfanos, desamparados, impedidos, decrepitos y dementes; aun hay niñas enfangadas en el vicio por ignorancia, por necesidad ó por extravío; aun hay vagos, jugadores, borrachos y derrochadores. Pero el particular, la asociacion, el Municipio, la Provincia y el Estado tienen recursos de prevision y de curacion para estos males. Las instituciones preventivas, los hospitales y los asilos de objetos y formas variadísimas que el mundo culto levanta, vienen en alivio de tan diversas dolencias. Es indispensable discutir y resolver cuáles son los mejores procedimientos, y á quiénes competen con más y mejores títulos el impulso, el gobierno y la administracion. Y hé aquí demandándonos soluciones la cuestion de Beneficencia en sus más concretos procedimientos.

Enseñanza, trabajo, sistemas penitenciarios y beneficencia, son las formas más determinadas de la cuestion social en el momento histórico que atravesamos: todas se relacionan y hasta compenetran, y son la voz del combate sin tregua que se da por todas partes, ya en las sombras, ya á la luz de espantosas erupciones.

Felizmente la miseria no elude la ley providencial de que las reformas oportunas excusan las represiones, y de que la prevencion evita el trastorno. No es la miseria un azote misterioso é impalpable, ni el castigo de un implacable é invencible destino. Es una enfermedad del cuerpo social, nacida de accidentes, de faltas, de movimientos desordenados: causas que podemos ver, tocar y juzgar. No excede los recursos de la ciencia, ni las fuerzas curativas de la sociedad. Si no siempre y para siempre puede ser estirpada, puede al menos ser prevista, atenuada ó aliviada. Hoy, más que en otros tiempos, nos es permitido esperar la victoria; hoy que, al par del sentimiento de

nuestros deberes, igual al menos al de nuestros padres, tenemos la conciencia de un poder muy superior.

Fuera imperdonable desidia despreciar el mal. Fuera funesta estupidez curarlo con violencia. Si la tormenta nos alcanza en la plenitud de su bárbaro vigor, el rayo nos aniquilará. Si pretendemos contener únicamente con diques los extravíos del torrente, nos veremos arrollados, y todo será inundado y destruido. Es necesario defender con para-rayos las alturas del terreno que cultivamos. Es indispensable aumentar los cáuces del torrente y obligarle, manso, á que fecundice nuestros campos. La revolucion llama á nuestras puertas, y conviene abríselas en tiempo oportuno, para que no las rompa.

Sigamos con valor y con buen sentido el movimiento universal, y aprovechemos sábiamente las diversas fases que vá tomando la perfectibilidad humana y con ella todas las instituciones sociales. Unas mueren, acaso para no volver; otras se modifican, muchas renacen llenas de vigor; y sobre todas pasa el carro de la reforma.

Todas las grandes crisis sociales han pasado, como pasará la presente.

Los progresos realizados deben mantener viva nuestra fé en otros progresos mayores.

El hombre, sér racional y libre, puede buscar remedios, y ciertamente los hallará en su misma naturaleza, en la libertad de cada uno hermanada con la de los demás, en el amor al prógimo y en la responsabilidad.

El grave error de los que sufren y de los curanderos socialistas, es dar á la lucha el carácter de clase, incompatible con el espíritu y las condiciones de la civilizacion moderna.

Libertad, caridad y responsabilidad son las bases del cristianismo y los gérmenes de la civilizacion moderna.

Por esto despierta en todas partes el espíritu de beneficencia. El estudio de las necesidades, de sus causas y de sus remedios, forma una ciencia nueva que podrá llamarse Economía benéfica, y que marca tendencias bien definidas al remedio de los males indicados.

El espíritu de asociacion se desarrolla para estos fines. Pero como en todos los pueblos de Europa y en sus colonias trasatlánticas, los males son análogos y piden remedios parecidos, el espíritu de asociacion no se limita á los individuos de un mismo pueblo, se extiende á todos los pueblos hermanos, y se traduce por instituciones y congresos internacionales.

Poco estudiada ha sido por nosotros, y ménos aún explícita y francamente, la pavorosa cuestion social. En el siglo XVI, al ménos, llevamos la voz honrosamente en tan interesante polémica. Pero en los últimos tiempos, por causas harto conocidas, se debilitó nuestro vigor intelectual, y bajaron los vuelos del génio nacional, á punto de permitir á los extranjeros calumniarnos y explotarnos. Nos explotaron estudiando nuestra literatura y nuestras instituciones, tarea que, por propio interés y por decoro nacional, nunca debió salir de nuestras manos: y nos calumniaron al negarnos la sabiduría y la importancia de instituciones que nosotros, los primeros, revelamos al mundo culto.

Inglaterra es en cambio el país que más ha legislado sobre beneficencia, y cuya bibliografía benéfica es más rica.

Estudiemos y comparemos: si la tolerancia y el sentido práctico no nos abandonan, además de enaltecer las justas glorias de nuestro país, y enseñar á los extranjeros lo que ya debían haber copiado, aprenderemos de ellos para mejorar nuestras instituciones y aumentar su número.

FERMIN H. IGLESIAS.

---

## IMPERFECCIONES Y ASPIRACIONES.

---

### II.

#### **El Padre.**

El enemigo mayor que en sociedad tiene el padre, es el padre mismo. Esto parece algo paradógico, pero en realidad no lo es.

Que el padre se preocupe de la salud, de la educacion, del porvenir, en una palabra, de la felicidad de sus hijos, no solo es natural, sino imprescriptible deber. Hasta aquí está en lo justo. ¿Lo está igualmente en los objetos que cree constituyen estos diferentes fines y en los medios que emplea, á veces, para conseguirlos?

Veámoslo.

Su primera preocupacion es la salud de sus hijos. Las crisis continuas, que en los primeros años ofrecen estos débiles seres, hacen que el temor y la zozobra perturben su ánimo á cada paso. ¡Desgraciado del que ve ausentarse para

siempre á uno de estos ángeles del hogar! El vacío que deja no se llenará ya más. ¡Dichoso quien no haya experimentado tan desgarradora pena! Tal vez ese ignore el misterio profundo del amor paternal; tal vez siga creyendo, como de ordinario se afirma, que este es debido á ley de naturaleza, á correr por sus venas su propia sangre. ¡Feliz él con tal creencia! El día que conozca prácticamente que ese cariño nace con las esperanzas y alegrías que ellos producen y con las dudas y sufrimientos que nos cuestan, y que se desarrolla y aumenta, hasta rayar en el delirio, según crecen y se repiten estos sentimientos, comprenderá cuán terrible debe ser la desdicha del que pierde algún hijo tras largos años de esfuerzos y de luchas. Y es que el hombre se identifica con todo lo que le cuesta mucho, y nada hay comparable á lo que los padres son capaces de hacer por apartar á un hijo de la mansión del silencio.

¡Sublime es la figura de los padres cuando se colocan, como casi siempre se colocan, á esa portentosa altura!

Y sin embargo, la sociedad que, á menudo, falsea muchas y elementales nociones sobre el bien y el mal, muchos y generosos sentimientos, influye, con ese despotismo que ejerce todo lo que se impone á título de moda, para que esos hijos pasen, sin necesidad, del regazo materno á otro mercenario; para que, en su mayor tiempo, estén bajo la vigilancia de quienes no son sus padres; hace en fin que, por privarse de tan ineludibles y sacrosantos deberes, no sientan esos padres los inefables goces é intuiciones inspiradas que los gestos y palabras, como presentimientos de cualidades nacientes, despertarian en sus almas.

¡Ah! qué desgraciados se hacen, sin pensarlo, con privarse de ese talisman, que tantas penas endulza en la familia y tantas prevaricaciones y aun graves faltas puede á los esposos evitar! Si supieran esos padres que la relativa felicidad de esta vida nace y reverdece en el santo hogar, y que no es posible la alcance quien la haya allí perdido, ya se cuidarían de pagar allí el tributo á estas exigencias y menos á vanidades sociales, que tanto desengaño y remordimiento puede costar.

Mas la sociedad, el buen tono, el ejemplo de los que más brillan, exige otra cosa; señala otro camino, que es preciso seguir á toda costa, so pena de aparecer como entes raros y ridículos. ¡Adelante pues! Impere la moda; pero no se quejen el día en que esta no mitigue el hastío y soledad de sus almas, ó esas avasalladoras y tempestuosas pasiones, que, haciendo dudar de la tierra y el cielo, nos entrega indefensos en brazos de la desesperación.

Esto sin contar con la influencia que tiene en la educación

y el porvenir de los hijos. Sí; no hay que perder de vista que el niño ha de llegar á ser jóven, que en la juventud domina generalmente la abnegacion, y que este olvido de sí mismo, sentimiento grande pero aquí malamente aplicado por inexperiencia, hace que todo jóven rechace lo que le es penoso, y por lo tanto el trabajo y la temperancia, únicas cualidades que pueden constituir su verdadera gloria y su firme porvenir.

Pues bien; contra ese descuido del mañana, contra esa imprevision del jóven, que solo tiene por norte seguir las sollicitaciones agradables pero destructoras, y apartarse de las penosas pero edificantes, solo puede oponerse un medio educador, capaz de afrontarlas y vencerlas. Este medio es el cariño del hijo por sus padres, el afan de evitar á esa sublime figura, llamada madre, toda clase de disgustos y torturas. Ese sentimiento es el que salva á la mayoría de los jóvenes. Ese es el que, á los más, sirve de brújula para atravesar en esta vida el océano de placeres y emociones. Sin eso, no hay que dudarlo, la juventud se disolveria en ese mundo de relaciones egoistas, como se disuelve una gota de agua en el mar.

¡Y justa, pero lastimosa expiacion para esos obcecados padres! A sus hijos falta ese estímulo. No pueden atravesar ese océano. Inútil es se les aconseje, anime y hasta ayude: ellos no pueden, y no pueden porque les falta el fuego sagrado del intenso amor filial, supremo medio para tal victoria.

¡Y qué extraño es! Los sacrificios pecuniarios no se abren paso hasta identificar dos corazones, y el jóven recuerda deber á sus padres onerosos extipendios de nodrizas, ayas y profesores, y no otra cosa. Hé aquí por qué esto le mueve á cumplir las prescripciones que le señalan las conveniencias sociales, pero nada más.

Y entonces es cuando esos desventurados padres redoblan inútilmente sus esfuerzos. Entonces cuando á toda costa se desvelan por asegurar lo que entienden ellos ha de ser su porvenir. Ya no acosan á los profesores para que el jóven se eduque é instruya; su aspiracion se dirige, en primer término, á que se le habilite con un título facultativo, que le produzca en el mañana representacion y fortuna. Para esto apelan á toda clase de medios, afecciones, influencias, recomendaciones, todo se pone en práctica; y como los que piden son los más fuertes, y los que debieran negar, al fin son hombres, encuentran *alguno* que, faltándose á sí mismo é hiriendo impune pero mortalmente á esa sociedad, los atiende y sirve. Desde este momento todo se trastorna. El bien que injustamente se cree hacer á aquel jóven es un despojo para otro más digno.

A la sombra de aquel título y de sus elevados padrinos se le abren puertas que debieran solo abrirse al mérito. Aquel padre queda al pronto satisfecho, creyendo haber realizado su deseo. ¡Pura ilusión! Son malos fundamentos para que sean duraderos, y no ha de tardar en añadir á su mal proceder la tristeza de un desengaño más, mientras otros padres lloran con lágrimas de fuego la sin razón de ver despojados á sus hijos de aquellos puestos, que la intriga y el favor les arrebataron.

La urdimbre de corruptelas y de fatales consecuencias que este proceder ha de ocasionar en el orden social, no hay para qué apuntarlas. Quien tenga alguna experiencia de la vida no tardará en dar con ellas.

Sí: en la lucha por la existencia, á que todo hombre viene aquí sujeto, peléese, que *la vida es una milicia*, y su ley, por lo tanto, la lucha intelectual y moral; pero peléese con armas nobles y sucumba el que lo merezca. Los que triunfan por malos medios, son unos alevosos miserables, y aunque por perversion del sentido moral, la sociedad solo pára mientes cuando se trata de asesinos y ladrones, nosotros miramos con tanta ó más repugnancia, si cabe, á los que erigidos en alguna autoridad ó revestidos de alguna jurisdicción, faltan á sabiendas, por debilidad, por afección ó por soborno, á los fueros de la justicia.

Fuera la sociedad más exigente y rechazara con indignación ó desprecio á los que sistemáticamente obran en la vida pública según su conveniencia, por altos que estos personajes estuviesen, y otro sería el estado social. No se hace. Los padres son los que movidos por un falso cariño contribuyen más á ello. Pues bien; entiendan que, como una vez abierto y conocido ese camino, no han de ser sus hijos holgazanes é ineptos los que salgan triunfantes de esa lucha, no tienen derecho á quejarse. Sufran, pues, las consecuencias.

LUIS.